

REDACCIÓN, ADMINIS- TRACIÓN, IMPRENTA Y FOTOGRAFADO GARIBAY, 34

ABONO: TRIMESTRAL CAPITAL, 4 PTS. FUERA 450. EXTRANJERO, 10 TELÉFONO, 18

EL PUEBLO VASCO

TRAGICA MUERTE DEL AVIADOR HANOUILLE

Cae en la bahía, durante uno de sus admirables vuelos

El cadáver no ha podido ser encontrado todavía.

La semana de aviación se interrumpió ayer con una nota dolorosamente trágica. Hanouille, el admirado aviador, cayó con el aparato al mar, para buscar en él la muerte. Al iniciar la información de este desgraciado suceso, acude a nuestra memoria aquel otro accidente que privó de la vida a Le Blon. Aquel aviador nos trajo las primicias de los progresos en materia de aviación. Hanouille nos ha hecho admirar las osadías del hombre en su lucha con el aire. Ambos significan dos etapas diferentes, en la constante y heroica labor de resolver un magno problema. Ambos son dos víctimas que merecen en sus tumbas un epitafio cariñoso, de la actual generación.

Lucha el hombre bravamente por imponer su ciencia. Surgen los obstáculos, pero los supera con más o menos facilidad, hasta que logra la fórmula definitiva del éxito. En la tarea caen, unos tras otros, muchos hombres. Pero el último recoge de la última víctima la experiencia de su derrota y con ella prosigue la lucha. Hasta que triunfa.

Aquel pájaro de hierro que forjó la fantasía de Verne, ha tomado una forma real. Ha sido primero, un pobre pájaro que ha volado torpemente, como vuelan los pájaros al abandonar el nido. Cuando ha caído, maltrecho, otro pájaro más hábil, ha llevado por los horizontes su ansia de vivir. Y el sucesor, ha hecho todavía más: ha tenido en sus andanzas, un gesto de altanería.

Después de Le Blon, hemos visto caer a Hanouille. Recobremos la serenidad, porque la lección de la víctima ha sido aprendida por los discípulos. Y éstos, llevarán su audacia por derroteros más peligrosos para proseguir la obra de conquistar un bien. Un bien para la humanidad, índice más trascendental que el doloroso de los que perecieron en su conquista.

Segundo día de pruebas

LOS ULTIMOS EJERCICIOS.

A las dos y treinta minutos ocupó Hanouille el asiento de su monoplano para elevarse a los aires. Soplabla viento molesto, pero él se resistió unos minutos a funcionar. Los mecánicos iniciaron la rotación de la hélice muchas veces. Por fin trepidó el motor y la hélice giró vertiginosamente.

El aparato arrancó perfectamente y a los pocos segundos dejaba tierra. El monoplano de la bahía; viró después hacia la izquierda para dar una vuelta alrededor del plano ocupado por el público. Un minuto después, aumentaba Hanouille una altura de ciento cincuenta metros y marcaba tres vueltas rápidas en sentido horizontal. Se oyeron en el público las primeras exclamaciones de entusiasmo.

El monoplano ganó mayor altura en otro vuelo de elevación hacia el centro de la bahía y después se le vio retornar hasta el parque de Alderdi-Eder; Hanouille, dejándose llevar, trazó el primer "loop-ping" sobre el público que presenciaba los vuelos. El entusiasmo aumentaba.

Observamos que el monoplano se balanceaba ligeramente en algunas ocasiones, pero igual al mismo aviador, ó era consecuencia de ráfagas de viento.

Hanouille hizo un descenso en línea de espiral, tan soberbio como los vistos ayer. Después volvió a remontarse, volvió a dar vueltas horizontales y marcó otro "loop-ping" en sentido contrario al primero: esto es, suspendió la marcha del motor y dejando dar la vuelta al aparato por su propio impulso. Ya son estos momentos de grandísima emoción. Se deja de percibir el ruido del motor, y desde la tierra, como si ya no hubiese fuerza alguna que impidiese el choque. Pero el motor vuelve a funcionar y la hélice gana la posición horizontal, que aprovecha a capricho el verdadero pájaro de hierro!

Desde este momento el aviador se entregó al "loop-ping" y a los descensos emocionantes. El enorme público congregado en la bahía, se vio interesado en toda la variedad de ejercicios que aquel practicaba. En diferentes ocasiones, rompió en aplausos.

Hanouille cae al agua

COMO OCURRIÓ EL ACCIDENTE.

Fuimos testigos del momento en que el aparato de Hanouille se precipitó en el mar. Prota catástrofe, nos abstenimos de indicar que algún técnico se reune suficientes datos para juzgar. Eran las tres y cuarenta y cinco minutos de la tarde. El vuelo de Hanouille duraba hasta este momento, quince minutos. El aviador se encontraba a unos ciento cincuenta metros de altura y en una perpendicular correspondiente al centro de la bahía. De pronto, vimos que el aparato engendraba un des-

enso en espiral de carácter extraño. Tan extraño, que sospechamos una nueva proeza del joven aviador. Recordábamos los anuncios que anoche nos hizo en el hotel y creímos que se disponía a practicar lo más difícil y arriesgado que se conoce.

Pero dos segundos después, nos convencimos de que no eran estos los propósitos del aviador y que el aparato volaba con alguna importante avería.

Después de un amago de descenso, el monoplano se elevó unos metros en sentido oblicuo y rápidamente inició otro descenso anunciador de la catástrofe. Los momentos fueron angustiosos. El público prorumpió en una exclamación de dolor. El aviador iba a caer en el mar si en un tiempo que solo puede apreciar el pensamiento, no conseguía planear el aparato. No pudo hacerlo y el aparato cayó al agua. Tocó primero el mar la cabeza del aparato é inmediatamente dió una vuelta completa. Esto fué causa de la muerte del aviador, porque si la caída hubiese sido en posición normal, no hubiese quedado debajo del agua



Fotografía de Hanouille, obtenida momentos antes de emprender su último vuelo.

dando hasta el aparato. Pero ya allí, apenas si pudieron hacer otra cosa que defenderse de las olas. Estas eran cada vez mayores y no dejaban trabajar a los auxiliares. Otros más se arriesgaron mar adentro, y a los ocho ó diez minutos de grandes esfuerzos, lograron entre todos atar un cabo al aparato para arrastrarlo a la playa. ¡Se había perdido la esperanza de salvar al aviador!

HANOUILLE, SE DESATÓ.

Para practicar estos arriesgadísimos vuelos invertidos, los aviadores se atan al asiento del aeroplano. Hanouille usaba un cinturó de cuero, con fuertes correas.

Había la esperanza—la esperanza es siempre un consuelo— de recoger al joven aviador, vivo ó muerto, en el asiento del aparato. Por ello se encaminaron todos los esfuerzos a dar vuelta al aeroplano y a llevarlo hasta la orilla. Cuando se hubo atado un cabo al aparato, se inició el arrastre, pero aunque ansiosamente intervinieron en esta faena treinta ó cuarenta hombres, apenas si fué arrastrado cuatro ó cinco metros. Fué preciso que el boyero Román Elizalde bajase a la playa dos bueyes, y éstos lograron llevar hasta la orilla el monoplano. Cuando las olas dejaron observar los restos del aparato, se apoderó de los salvadores gran desaliento. En el asiento no estaba Hanouille. Su cinturó de cuero se hallaba sujeto con correas, pero dos de éstas estaban rotas y el cuerpo del aviador había quedado en el mar. ¿Cómo se desprendió el infortunado Hanouille? Al tiempo de caer al mar, ¿tuvo un arranque desesperado y cortó las correas? ¿Fué alguna explosión del motor la que le lanzó violentamente del asiento?

La opinión de casi todos es la que significa nuestro primer interrogante. Hanouille, viendo el horrible peligro que le amenazaba, al caer ó ya dentro del agua, hizo un esfuerzo y rompió las amarras que le tenían sujeto al asiento. Quizá pretendió por este medio salvarse a nado, pero la forma en que cayó el aparato debió impedirle todo movimiento y pereció ahogado.

Parte del público creyó que el aviador había sido recogido por las lanchas, pero pronto se comprobó que Hanouille había sido arrastrado por las aguas.

La emoción del público al conocer el trágico fin de quien tales proezas hizo en el aire, fué enorme. En veinticuatro horas se había captado las simpatías de todos por su gran valor.

ESCENAS EN LA PLAYA.

En los primeros momentos acudió a la playa el gobernador civil, marqués de Alarfe. Váliéndose de algunos agentes, que á toda rapidez fueron llegando, estuvo al público.

Como se observase que algunos de los heroicos ciudadanos que se lanzaron al agua, eran batidos fuertemente por las olas, ordenó que se arrojase al mar un salvavidas. Así se hizo y ello auxilió la operación de amarrar el aparato con un cabo. Por cierto que la marea inundó en algunos momentos la orilla de tal modo, que todos cuantos nos encontrábamos, salimos con los pies mojados. El propio gobernador recibió un baño.

El público, intensamente emocionado, atropellaba á los agentes, en su deseo de ver las operaciones de salvamento. A viva voz se comentaba que eran poco dos lanchas para auxiliar al aviador, y aún éstas poco adecuadas para luchar en la rompiente de las olas.

Entre los que se arrojaron al agua desafiando el empuje de las olas, sólo conocemos los nombres de Luis Iruretagoyena, José Beranco, Augusto Cabellera, Pedro Aramburu y Gabriel Corla. Todos hicieron lo que pudieron por salvar al desgraciado aviador.

Por si sus auxilios eran precisos, se presentaron también en los primeros momentos un sacerdote y los médicos militares señores Sánchez de Alba y Díez Tortosa.

Los restos del aparato fueron arrastrados hasta el arenal: allí los rodeó el público, visiblemente emocionado. Más tarde fueron recogidos y llevados hasta el Casino. Todas las piezas están destrozadas. A muchos pareció oír, al chocar el aparato contra el agua, una explosión. El hermano del aviador Poumet, teniendo á la vista los restos del motor, nos dijo que no había explotado.

LAS LANCHAS DE AUXILIO.

Cuando llevaban las dos lanchas primeras luchando con las olas varios minutos, se acercaron tres más, que coadyuvaron en los trabajos de salvamento. El práctico señor Aguirre, se hallaba presenciando los vuelos cerca del Club Náutico. Inmediatamente de tocar el aparato el agua, pretendió lanzarse al agua con una traíbera adecuada para luchar en la rompiente de las olas. Pero se encontró con que no había por las cercanías hombres dispuestos á secundarle. Sin embargo, más tarde, cuando ya no quedaba otra aspiración que la de recoger el cadáver del infortunado aviador, patroneó una traíbera, y en ella permaneció por espacio de dos horas, realizando toda suerte de exploraciones. Elogios merece su actitud, aunque no tuviera la eficacia deseable.

Acompañó á esta traíbera la lancha "Toma-

sa", patronada por Antonio Oñider. Esta fué la primera que al ocurrir el accidente se lanzó en auxilio del aviador.

Por cierto que una ola le dió un fuerte golpe, que derribó al tripulante Celedonio Alvarez. La caída fué tan desgraciada, que se clavó en la ceja izquierda el hierro de proa de la embarcación, causándose extensa herida.

Las demás lanchas fueron: "Santa Ana", patronada por Esteban Aldanondo; "Manolita", por Pablación Isasa; "Jesús Hermanos", por Vicente Gurruchaga y "Julian Bautista", por José María Olzaga.

Todas practicaron sondes y lanzaron redes para tratar de recoger el cadáver, pero la resaca debió arrastrarlo hasta lugar que no pudo ser descubierta en estas exploraciones.

Se dispuso que un vaporcito saliera hasta la boca de la bahía para observar si el cadáver aparecía por aquel lugar. Todas las exploraciones fueron infructuosas.

¿Aparece el cadáver?

El público congregado en la playa era numerosísimo. Se comentaba el triste final de la semana de aviación, cuanto la dolorosa coincidencia de ser dos los aviadores que han encontrado la muerte en el mismo sitio. Media hora después de ocurrida la catástrofe, el público se arremolinó en uno de los extremos de la playa. Se habían visto unas ropas y se creía que era el cadáver del aviador, lanzado á la orilla por las olas. En dos ocasiones se creyó, también, que había aparecido el cadáver, pero la sospecha fué incierta.

LO QUE DICE EL MECANICO.

El mecánico de Hanouille, que presenció la caída del aparato, dijo lo siguiente: —Lo lamentable ha sido que el aparato ha caído al agua sobre una de sus alas, quedando el aviador debajo. Si la caída hubiese ocurrido en otro sentido, quizá hubiera habido facilidad de salvarlo.

LA IMPRESION EN EL CASINO.

En el Casino, organizador del espectáculo, la impresión que causó el accidente fué enorme. Inmediatamente se suspendieron los festejos de la tarde en señal de duelo.

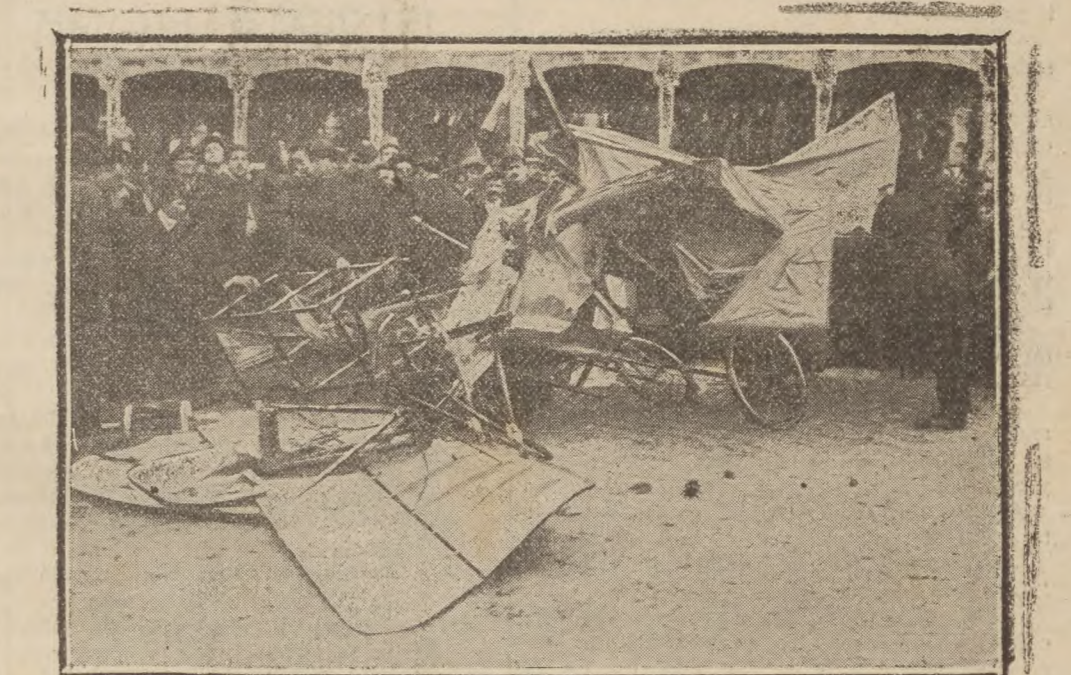
Por la noche se izó la bandera á media asta. En el Casino se personaron el gobernador, el alcalde, el comandante de Marina y otras personas, para significar el dolor causado por la desgracia.

Se dijo que en la terraza del Casino se hallaba la esposa de Hanouille, y que al ocurrir la catástrofe cayó al suelo desmayada. La noticia es inexacta; ya que sufrió un accidente fué una joven francesa, prima de Poumet. Fué auxiliada convenientemente por el médico señor Larrazqueta.

Lo que opina Poumet

Al reseñar ayer la intervención que celebramos con el infortunado Hanouille, hablamos también, accidentalmente, del aviador Poumet. Este aviador era muy amigo de aquel otro, que ayer por la tarde halló trágica muerte en el mar. Sentía por él gran admiración y habían hecho el viaje juntos. Cuando nuestro deber informativo nos llevó á la orilla de la playa, momentos después de ocurrida la catástrofe, encontramos á Poumet, con el rostro desencajado, dando voces incoherentes. Marchaba de un lado para otro, como si tratase de encontrar un remedio para salvar á su desdichado amigo. Desgraciadamente, ni él, ni nadie, podía hacer más, en auxilio de su compañero.

Por la noche acudimos al hotel donde se hospeda, con objeto de pedir su opinión respecto á las causas del accidente. Conocedor de la aviación, del aparato usado por su compañero y de la serenidad de éste, estimámosla en estos momentos de una autoridad indiscutible.



El aparato al ser sacado á la playa, poco rato después de ocurrido el accidente

Poumet estaba acostado; pero, sin embargo, nos recibió. Sus primeras palabras recordaron la conversación que la noche anterior sostuvimos con Hanouille. El infortunado aviador, sonriente, optimista, nos refería las particularidades de sus vuelos. ¡Cuán ajenos todos, á que aquella fuese la última charla que con él habíamos de sostener!

Le preguntamos: —¿Presenció usted la caída? —Perfectamente—nos responde. —Entonces, habrá podido usted apreciar las causas del accidente. —También. Estoy seguro de que Hanouille se dió cuenta de la catástrofe al mismo tiempo que yo. Cuando el aeroplano perdió su estabilidad, el público todavía no se había dado cuenta del peligro. Sin embargo, yo me dije: "Hanouille está muerto".

Observaría usted que al caer el aparato, el timón dió unas vueltas. Sucedió esto, porque se rompió una madera que es base de estabilidad del aparato. Y rota esta madera, el aviador nada podía hacer ya, sino dejarse caer. —¿Cree usted que Hanouille rompió las correas del cinturón? —No tuvo necesidad de hacerlo. El cinturó que empleaba tiene unos botones que pueden soltarse fácilmente en caso de peligro. Mi pobre amigo, cuando vió que el aparato no respondía á su dirección, debió soltarlos, y caer, desprendido, debajo del aparato. El estar rota una de las correas de dicho cinturó, no supone que el aviador lo rompiera, sino un golpe del mismo aparato al chocar con el agua. Además, confirmando mi aserto, se ha podido observar que el cinturó quedó amarrado al asiento, y que las correas fueron desenganchadas sin violencia.

—En ese caso, libre de las correas que le sujetaban, ¿cómo no logró Hanouille salir á flote nadando? —A mi parecer, el golpe del aparato lo mató. Es más, creo que el golpe lo debió recibir en el vientre. El motor, dada la forma en que voló, tuvo que aplastarle el vientre. Cuando aparece el cadáver, podrá usted observarlo. Y claro es, que muerto ó moribundo Hanouille, aunque estuviese desprendido del asiento, nada podía hacer. Así se explica también que no haya aparecido su cadáver, arrastrado, sin duda, por las aguas.

—¿El motor, hizo explosión? —No. He podido observar que los cilindros están bien. Claro que al arrastrar el aparato hasta la orilla, muchas piezas se destrozaron, pero lo esencial del motor está en perfecto estado. El ruido que se oyó al tocar agua el aparato se debió, sencillamente, al choque.

—¿La rotura del timón pudo producirse por el viento? —Puede ser que sí. El día era mediano. Soplaban ráfagas de viento muy molestas para volar, y mucho más para practicar tan difíciles ejercicios. Yo observé que el aparato experimentaba algunos balanceos. (Poumet continúa nuestra apreciación, consignada al comienzo de esta información.)

Nada extraño es, que la resistencia del viento —agrega Poumet— fuera motivo de la ro-

ta", patronada por Antonio Oñider. Esta fué la primera que al ocurrir el accidente se lanzó en auxilio del aviador.

Por cierto que una ola le dió un fuerte golpe, que derribó al tripulante Celedonio Alvarez. La caída fué tan desgraciada, que se clavó en la ceja izquierda el hierro de proa de la embarcación, causándose extensa herida.

Las demás lanchas fueron: "Santa Ana", patronada por Esteban Aldanondo; "Manolita", por Pablación Isasa; "Jesús Hermanos", por Vicente Gurruchaga y "Julian Bautista", por José María Olzaga.

Todas practicaron sondes y lanzaron redes para tratar de recoger el cadáver, pero la resaca debió arrastrarlo hasta lugar que no pudo ser descubierta en estas exploraciones.

Se dispuso que un vaporcito saliera hasta la boca de la bahía para observar si el cadáver aparecía por aquel lugar. Todas las exploraciones fueron infructuosas.

Hoy en SALON NOVEDADES

Escogido programa cinematográfico. De seis á nueve y á las diez de la noche. Estreno de la grandiosa película

LA MAFIA NEGRA

de 1.300 metros, en tres partes, reconstrucción de algunos novelescos episodios de la famosa partida italiana llamada «La mafia»

Completarán el programa otras notables películas. Butaca 0,50.

GALLETAS PAKERS--RENERIA

SON LAS MAS EXQUISITAS

NEVA CREACIÓN "SUBLIME" PAKERS